Casi un cuarto de siglo de poesía gallega

Luciano Rodríguez

Este último cuarto de siglo representa, para la literatura gallega, uno de los momentos más brillantes de su historia contemporánea. Se desarrolla una actividad creativa y de investigación lingüística y literaria casi impensable después de la brutal regresión y represión que supuso el corte de la guerra civil de 1936. La recuperación cultural que se inicia con los exiliados americanos muy a comienzo de los años cuarenta va a tener una repercusión en la Galicia interior y va a propiciar una tímida vuelta a la expresión y reivindicación de la cultura gallega que se irá canalizando y arraigando a través de una serie de empresas editoriales: *Editorial Galaxia*, *Ediciones Monterrey*, *Bibliófilos Gallegos*..., que desde los años cincuenta hicieron posible el sueño de una nueva realidad cultural.

La poesía, con un cultivo generoso en el ámbito de la literatura gallega de todos los tiempos, también en este período tiene abundante presencia que se manifiesta a lo largo de las décadas del cincuenta, sesenta y setenta. Pero será en este último cuarto de siglo cuando se inicie una etapa francamente fecunda y de grandes aportaciones líricas.

1

La autonomía política que se instaura muy a comienzos de la década de los ochenta –aunque hay ya síntomas de cambio muy notorios en los años anteriores, a partir de la muerte del general Franco– va a suponer un replanteamiento de la concepción social, política y cultural. Las consecuencias institucionales y sociales modifican sustancialmente los vectores culturales de Galicia, haciendo que la literatura gallega salga de los reducidos círculos en los que se hallaba confinada en buena medida desde la restauración cultural de postguerra, es decir, desde comienzos de la década de los cincuenta que es cuando se produce un movimiento editorial de restauración del espacio literario gallego.

Este período fecundo de la historia cultural gallega, que coincide con los últimos años de vida de los viejos maestros nacidos en la primera

década del siglo XX –Celso Emilio Ferreiro (1912-1979), Eduardo Blanco-Amor (1898-1979), Rafael Dieste (1899-1981)– y con la obra de madurez de los poetas jóvenes que habían participado en la recuperación cultural de los años cincuenta y sesenta –Bernardino Graña (1932), Xosé Luís Méndez Ferrín (1938), Manuel María (1929), Antón Avilés de Taramancos (1935-1992), Xohana Torres (1931), Xosé Luís Franco Grande (1935)– va a coincidir también con la incorporación de una serie de autores de la década de los ochenta y noventa que contribuyen a dibujar un mapa literario múltiple, vigoroso y abigarrado, que conectan con las grandes tendencias literarias del momento y que se manifiestan abiertamente a favor del diálogo y los contactos culturales, sean éstos con las literaturas más próximas –portuguesa, castellana o catalana– o de otros ámbitos, con preferencia muy acusada hacia las literaturas de expresión inglesa.

Así, pues, nos encontramos con que confluyen en este cuarto de siglo finisecular voces correspondientes a la generación de 1936 – Celso Emilio Ferreiro, Pura Vázquez (1918) o Álvaro Cunqueiro (1911-1981)–, a la generación de enlace[1], autores nacidos a comienzo de la década de los 20 – Antón Tovar (1921), Luz Pozo Garza (1922) o Manuel Cuña Novás (1926-1992)–, autores de los 50 –Bernardino Graña, Salvador García-Bodaño (1935), Méndez Ferrín o Avilés de Taramancos–, con poetas de la generación de los 80 –Xavier R. Baixeras (1945), Xosé María Álvarez Cáccamo (1950), Xulio L. Valcárcel (1953), Pilar Pallarés (1957), Ramiro Fonte (1957) o Eusebio Lorenzo Balerón (1962-1986)– o con los jóvenes y ruidosos poetas de los 90 o finiseculares como se les empieza a denominar.[2]

En lo que sigue trataremos de hacer una aproximación al discurrir de la poesía gallega de este último cuarto de siglo teniendo en cuenta estos parámetros que delimitan y establecen un principio de organización cronológica de los autores que consideramos más representativos.

Comenzaremos, pues, por los poetas de la generacíon del treinta y seis, seguiremos con la promoción de enlace, los del medio siglo, los poetas de los ochenta y, por último, haremos una apreciación sobre los autores que entran en escena con la década de los noventa.

[1] *Méndez Ferrín, X.L.:* De Pondal a Novoneyra, *Edicións Xerais de Galicia, Vigo, 1984, pp. 213-219.*

[2] *Rodríguez, Luciano & Seara, Teresa (Edit.):* Para saír do século. Nueva proposta poética, *Edicións Xerais de Galicia, Vigo, 1997.*

2

Los poetas de la generación del treinta y seis comenzaron su obra en los años de la Segunda República, pero el grueso de su producción la desenvuelven en la época de postguerra y algunos de ellos la continuaron en el período de referencia de este trabajo. Nos referiremos aquí a cinco autores: Celso Emilio Ferreiro, Pura Vázquez, Miguel González Garcés (1916-1989), Ricardo Carballo Calero (1910-1990) y Álvaro Cunqueiro.

El último libro publicado por Celso Emilio Ferreiro, *Onde o mundo se chama Celanova* (1975), aparece en un momento en el que la poesía gallega entraba en una época de renovación y cambio de rumbo; se va a producir un giro que nos lleva de una poesía predominantemente social (que el propio Ferreiro había cultivado con gran acierto en su obra central, *Longa noite de pedra*,1962) a otra de corte más personal e intimista. Y esto es algo que se produce de forma ostensible y vistosa en este nuevo libro de Celso Emilio Ferreiro: poesía de corte intimista, amoroso y elegíaco, facetas temáticas que no eran ajenas a la obra anterior del poeta, pero que habían quedado un poco relegadas, dado el eco social de su libro del año 1962.

La orensana Pura Vázquez ha sido siempre fiel a un tipo de poesía intimista, amorosa y elegíaca que cultiva desde sus comienzos –*Íntimas* (1952), *A saudade e outros poemas* (1963), *O desacougo* (1971)– y que desenvuelve con mayor intensidad en sus últimas publicaciones, torrenciales y generosas, heridas por la nostalgia del tiempo que huye: *Man que escribiu no mar* (1993), *Ardente identidade* (1993), *Se digo Ourense* (1994), *A carón de min* (1994), *Orballa en tempo lento* (1995) y *Desmemoriado río* (1997).

La poesía del coruñés Miguel González Garcés es otro ejemplo de continuidad y fidelidad a un discurso poético perfectamente definido en *Bailadela dos anxos* (1961) y *Nas faíscas do soño* (1972): brevedad del poema, lenguaje depurado, plasticidad imaginística y gran sensualidad. Todos estos aspectos van a seguir muy presentes en sus cuatro últimas publicaciones: *Paso soa de luz* (1975), *Claridade en que a tentas me persigo* (1977), *Sede e Luz* (1986) y *Un nome só na néboa* (1989), poemario éste dedicado a desarrollar motivos pictóricos de cuadros que le han apasionado y conmovido.

De la polifacética obra del ferrolano Ricardo Carballo Calero –novelista, autor teatral, crítico literario, historiador de la literatura– se ha silenciado injustamente su aportación a la poesía, quizá por lo tardío de su publicación. Ciertamente había publicado poesía en la inmediata preguerra –*Vieiros* (1931) y *O silenzo axeonllado* (1934)– y en el período de la restauración

cultural –*Anxo de terra* (1950), *Poemas pendurados dun cabelo* (1952) y *Salterio de Fingoi* (1961)–, pero será en la década de los ochenta cuando vuelva a la escena poética con la publicación revisada de su obra completa en dos volúmenes: *Pretérito imperfeito* (1980) y *Futuro condicional* (1982). A la que agregará todavía dos nuevos títulos: *Cantigas de amigo e outros poemas* (1986) y *Reticências* (1990). Poesía de un gran empaque formal, culturalista, irónica, erótica, que conecta directamente con la sensibilidad de los poetas jóvenes.

El mindoniense Álvaro Cunqueiro, además de su grandísma aportación a la narrativa, al teatro, al periodismo, es una de la figuras centrales de la poesía gallega del siglo XX. Poeta en la preguerra, dentro de una libertad creativa que se mueve en el espíritu de las vanguardias: cubismo en *Mar ao Norde* (1932), versión libérrima del superrealismo en *Poemas do si e non* (1933) y neotrovadorismo en *Cantiga nova que se chama ribeira* (1933). En la postguerra publica uno de los libros centrales del período: *Dona do corpo delgado* (1950), donde incorpora composiciones de corte clásico en las que se percibe una tonalidad dolorida, marcada por lo elegíaco, la temporalidad, el tópico del *ubi sunt*, la mirada nostálgica sobre un tiempo y unas vivencias. Con todo, su mayor aportación a la poesía gallega será *Herba aquí e acolá* (1980), conjunto heterogéneo de poemas organizados en dos secciones –«Vellas sombras» y «Novos cantos»–: en la primera aborda temas trascendentales del ser humano haciendo uso de una recreación muy personal de mitos legendarios, personajes históricos y figuras literarias de lugares y culturas muy diversas. En la segunda sección hay una reflexión sobre el tiempo, los caprichos y mudanzas de éste y la proximidad de la presencia de la muerte. Es un libro que causa un gran impacto en los poetas jóvenes de esos años, siendo buena prueba de ello el hecho de que cuando se les pregunta a una serie de poetas que aparecen antologados en *Desde a palabra, doce voces. Nova poesía galega*[3] por cuáles son sus poetas de referencia, todos ellos reconocen la presencia y magisterio del autor de *Merlín e familia.*

3

La promoción de enlace hace su entrada pública en la escena poética muy a finales de la década de los cuarenta y a comienzos de los cincuenta, com-

[3] *Rodríguez, Luciano:* Desde a palabra, doce voces. Nova poesía galega, *Sotelo Blanco Edicións, Barcelona, 1986.*

partiendo espacio e intereses culturales y poéticos. Se trata de autores que comienzan escribiendo en castellano, para pasarse al gallego a medida que el horizonte lingüístico represor se abre a nuevas vías. Son poetas, pues, muy marcados por la situación histórica, social y política que les ha tocado vivir en el momento de su formación. Su obra comienza por los cincuenta y llega hasta el período que estamos considerando aquí referente. Así Manuel Cuña Novás publica *Fabulario Novo* (1952) y *Canto e fuga da irmandade sobor da terra e da morte* (1977). Antón Tovar Bobillo comienza con una obra de acento intimista y social como se puede ver en *Arredores* (1962) y *Non* (1967) para pasar a un tipo de poesía de mayor empaque formal y carga tremendamente pesimista en sus últimas publicaciones: *Calados esconxuros* (1980), *Berros en voz baixa* (1990) y *A nada destemida* (1991). La obra de Luz Pozo Garza se mueve en sus primeros compases también por caminos de derrota y pesimismo – *O paxaro na boca* (1949) y *Verbas derradeiras* (1975)– , si bien en sus libros más recientes hay un abandono de la temática existencial –angustia y desazón– para dar una visión más positiva, lumínica, de corte elegíaco, como podemos comprobar en *Códice Calixtino* (1986), *Prometo a flor de loto* (1992) y *Vida secreta de Rosalía* (1996).

4

El grupo o generación de los cincuenta[4] está formado por autores que nacen con la década de los treinta como Uxío Novoneyra (1930), o muy a comienzos de la siguiente como Arcadio López Casanova (1942). Son poetas de marcada personalidad y con una obra amplia y perfectamente bien definida, abierta y en activo, ya que casi todos ellos siguen publicando.

Así tenemos la muy amplia y no siempre regular obra de Manuel María que toca distintas cuerdas, desde la existencial de *Muiñeiro de brétemas* (1950), *Morrendo a cada intre* (1952) y *Advento* (1954), pasando por la paisajística de *Terra Cha* (1954) y la poesía social de *Documentos persoais* (1958), hasta una línea poética más intimista y de tonalidad elegíaca, la de sus últimos poemarios, marcada por el paso del tiempo: *O libro das baladas* (1978), *As lúcidas lúas do outono* (1988), *Poemas para dicirlle a dúas lagoas* (1994) o *O Miño canle de luz e néboa* (1996).

Mucho menos extensa que la de Manuel María es la obra de Uxío Novoneyra. Poesía telúrica, arraigada en las esencias de la tierra, descarnada y

[4] *Barnárdez, Carlos L.:* 50 anos de Poesía Galega, *T.II, Penta, A Coruña, 1994.*

honda, íntima, solidaria y profundamente comprometida, como se puede observar en estos versos de su segundo poemario *Elexías do Caurel e outros poemas* (1966), todo un manifiesto social y político:

> OS que así nos tein
> só tein noso os nosos nomes no censo,0
> que hasta o noso sudor sin alento se perde na terra.
>
> GALICIA, será a miña xeneración quen te salve?
> Irei un día do Caurel a Compostela por terras libradas?
> Non, a forza do noso amor non pode ser inutle!
>
> (Los que así nos tienen
> sólo tienen nuestros nombres en el censo,
> que hasta nuestro sudor sin aliento se pierde en la tierra.
>
> Galicia, ¿será mi generación quien te salve?
> ¿Iré algún día del Caurel a Compostela por tierras liberadas?
> No, ¡la fuerza de nuestro amor no puede ser inútil!

Aspectos que sigue cultivando en obras posteriores: *Os eidos 2* (1974), *Os eidos . Libro do Caurel* (1981) o en *Poemas da doada certeza i este brillo premido entre as pálpebras* (1994).

Una de las figuras centrales de esta generación es Xohana Torres. Su poesía, de gran rigor formal y potente carga simbólica, refleja la soledad y la angustia, el paso del tiempo, la preocupación por Galicia, la fugacidad de la vida, la condición de la mujer y la (re)utilización de los mitos clásicos: Ulises, Penélope..., como podemos comprobar en *Do sulco* (1959), *Estacións ao mar* (1980) y *Tiempo de ría* (1992).

Por lo que respecta a Bernardino Graña –si exceptuamos su primer poemario *Poema do home que quixo vivir* (1958), libro angustiado y existencial, temática común a todos los primeros poemarios de sus compañeros de generación, toda la obra de Bernardino Graña –*Profecía do mar*(1966)– la casi totalidad de su obra –*Non vexo Vigo nin Cangas*(1975), *Se o noso amor e os peixes Sar arriba andasen*(1980), *Sima-Cima do voar do tolo*(1984) o *Himno verde*(1992)– está marcada temáticamente por la presencia del mar y la visión de sus gentes, unidas a la reflexión íntima que le provoca la conciencia de finitud y la destrucción del medio físico. Su último libro, *Luz de novembro*(1997), es un libro de homenajes a poetas amigos desaparecidos o de solidaridad y agradecimiento a sus compañeros de generación.

Tenemos que incluir también en esta generación, por criterios cronológicos, a Manuel Álvarez Torneiro, aunque su obra poética se publica en época reciente –el primer libro *Memoria dun silencio* es de 1982–. En los últimos años Álvarez Torneiro ha publicado seis títulos en gallego que lo sitúan en lugar destacado: *Fértil corpo de soño*(1986), *Restauración dos días*(1986), *As voces consagradas*(1992), *As doazóns do incendio*(1993), *Rigurosamente humano*(1994) y *Habitante único*(1997). Hay en su obra un dominio exquisito de la forma, rigor arquitectónico y un fuerte culturalismo que adornan un verso de hondas palpitaciones que interrogan el sentido del ser.

Ao pé de cada hora(1967), *Tempo de Compostela*(1979), ahora incluidos en su *Obra poética*(1993), junto con los inéditos *As palabras e os días* y *Poemas de amor a Xulia* configuran la obra tremendamente unitaria de Salvador García-Bodaño, marcada, como creemos que se puede percibir muy bien por los títulos, por la temporalidad, el recurso a la memoria, el amor y la defensa de las palabras de la tribu. Poesía concentrada, elaborada y de gran riqueza rítmica.

Antón Avilés de Taramancos publica en la década de los cincuenta dos libros: *As moradías do vento*(1955) y *A frauta e o garamelo*(1959); en 1960 emigra a Colombia y a su regreso, en 1980, reúne los libros ya publicados y la obra inédita –*Poemas a Fina Barrios, Poemas soltos a Maricarme Pereira* y *Os poemas da ausencia(1961-1981)*– en el libro *O tempo canta no espello*(1982). Instalado ya en Galicia da a la imprenta *Cantos caucanos*(1985), *As torres no ar*(1989) y *Última fuxida a Harar*(1992). Imágenes profundas y vigorosas, plenas de vitalismo, sensualidad, comunión con la tierra y resonancias épicas, le sirven para crear uno de los discursos poéticos más potentes de la poesía gallega última.

Entre o si e o non(1967) de Xosé Luís Franco Grande, luego recogido en *Herdo de memoria e tempo*(1987) con toda su obra inédita, constituye la aportación poética de este autor, que viene marcada por la filosofía existencial y por el sentimiento de la *saudade*. Responde básicamente a una poesía introspectiva, entendida como medio de conocimiento.

Central en la poesía de estos años, al igual que en la narrativa, es la obra de Xosé Luís Méndez Ferrín. Méndez Ferrín inicia su producción con un libro de corte existencial, pero en el que ya se manifiesta la presencia de lo mítico y una visión desolada de Galicia, características que desarrollará ampliamente en los libros posteriores. Toda su obra poética (y quizás tambien la narrativa) nace de esta visión que nos da en su poema «Galicia», incluido en *Voce na néboa*(1957):

Galicia, longa praia, estesa e negra,
soia i esquiva, con pesados corvos,
senlleiras píllaras, vento coriscante
e a morte e o valeiro en todo o longo.

(Galicia, larga playa, tendida y negra,
sola y esquiva, con pesados cuervos,
solitarios chorlitos, viento cortante
y vacío y muerte en toda su extensión.

Antoloxía popular de Heriberto Bens(1972), *Con pólvora e magnolias*(1976), *Poesía enteira de Heriberto Bens*(1980), *O fin dun canto*(1982), *Erótika*(1991) y *Estirpe*(1994) conforman la obra de la figura central de la literatura gallega del último cuarto del siglo XX. Poesía íntima y comprometida, cultural y política, épica e histórica, en constante diálogo con otras tradiciones, que contribuye de forma decisiva a la renovación poética que se produjo en la poesía gallega mediada la década de los setenta, y de la que hablaremos más adelante.

Con seis libros publicados en gallego –*Sonetos da espranza presentida*(1965), *Palabra de honor*(1967), *Memoria dunha edá*(1976), *Mesteres*(1976), *Liturxia do corpo*(1983) y *Noite do degaro*(1994)–, Arcadio López Casanova es otro de los poetas que contribuyen de forma decisiva a agrandar el discurso poético gallego. Dueño absoluto de los recursos poéticos, es la suya una poesía de grandes alardes formales y estilísticos. Temáticamente predomina en su obra una adusta y desengañada visión del ser humano, siempre de paso, desvalido, que camina inexorable hacia la muerte.

5

La poesía gallega de estos últimos años ha tenido como centro de referencia a la generación de los ochenta, es decir, a autores que se dan a conocer a lo largo de esta década; no obstante, en la actualidad comienzan a compartir protagonismo con otros escritores más jóvenes. Es evidente que desde principios de los años 90 hay un florecer más que notable de poetas que vienen pidiendo paso, como se quiere demostrar en una antología de reciente publicación, titulada *Para saír do século. Nova proposta poética*(1997) y en la que además se trata de configurar, con la dificultad que la falta de perspectiva temporal supone, algunas de las claves que definen los nuevos rumbos de la poesía gallega.

Pero volvamos atrás y adentrémonos en los escenarios de la poesía. Durante la década de los sesenta y hasta mediados de los setenta la escena poética gallega estuvo dominada por la poesía social, comprometida o crítica y de denuncia, arrinconando a otras voces que en aquel momento no contaban en el concierto del coro de la poesía. Cuando llega el momento del cambio político, otros caminos serán los que se procuren; a esto van a contribuir de forma muy decidida los, por aquel entonces, poetas jóvenes. La situación se puede resumir en un cambio de percepción y un preocupante empobrecimiento –alarmante formalización temática– al que había llegado la poesía social.

Los poetas de los ochenta toman conciencia de la situación y comienzan su estrategia que se traduce en proclamas y manifiestos como el de *Rompente* en 1976 o el de *Cravo fondo* en 1977. Cuentan para ello con un ambiente propicio, el apoyo que reciben de revistas como *Grial*, *Nordés*, *Coordenadas*, *Dorna* y la creación de premios literarios: *Premio Esquío*, *Premio Cidade de Santiago*, *Premio Cidade de Ourense*, *Premio «Celso Emilio Ferreiro» de Vigo* que dan vida y activan la creación poética. Además hay que añadir a estos premios, bien dotados económicamente, los *Premios de Crítica-Galicia* y *Los Premios de La Asociación Española de Críticos Literarios*, sin dotación económica, pero que suponen un reconocimiento social más que notable.

Así es como, entrando en la década de los ochenta, la vitalidad de la poesía gallega se recupera. Relacionados con alguno de estos premios están la mayoría de los poetas de los ochenta: Manuel Rivas (1957), Vítor Vaqueiro (1948), Pilar Pallarés (1957), Miguel Anxo Fernán-Vello (1958), Lois Pereiro (1958-1996), Eusebio Lorenzo Baleirón (1962-1986), Román Raña (1960), Paulino Vázquez (1962), Cesáreo Sánchez Iglesias (1951), Xulio L. Valcárcel (1953), Ana Romaní (1962), Chus Pato (1955), Darío Xohán Cabana (1952), Xesús Rábade Paredes (1949), Xavier R. Barrios (1954), Xavier R. Baixeras (1945), X.M. Álvarez Cáccamo (1950), Luís González Tosar (1952), Alfonso Pexegueiro (1948), Anxo Quintela (1960), Luísa Villalta (1957), Xesús Manuel Valcárcel (1955), Manuel Forcadela (1957), Millán Picouto (1948), Vicente Araguas (1950), Manuel Vilanova (1944), Ramiro Fonte (1957), Claudio Rodríguez Fer (1956), Xoán Manuel Casado (1949), Antón Reixa (1957), Xavier Seoane (1954), y Gonzalo Navaza (1957).

Dentro de la enorme pluralidad de poéticas y registros que aparecen en la poesía de los ochenta, trataré de establecer algunos rasgos, procedimientos comunes y propuestas temáticas que los caracterizan. De entre los rasgos comunes que caracterizan a los poetas de los ochenta podemos destacar:

culturalismo, preocupación por los aspectos formales y por el idioma, y la conjunción entre tradición y modernidad.

Culturalismo. La amplia formación y conocimiento de otras poéticas por parte de los poetas de los ochenta trajo un aire fresco a la poesía gallega y supuso un paso muy importante, ya que creemos que por primera vez nuestra poética logra estar, de forma global, a la altura de otras expresiones poéticas escritas en otras lenguas, con las que dialoga de igual a igual. No se mira únicamente lo que ocurre en la poesía escrita en castellano, sino que sus preferencias se dirigen hacia escritores clásicos y modernos de otras literaturas: portugueses –ignorados u olvidados durante tanto tiempo– como Fernando Pessoa, Eugenio de Andrade, António Ramos Rosa, Herberto Helder, Nuno Júdice, Ruy Belo, António Osorio–, italianos, ingleses, franceses, alemanes, etc.

Con frecuencia encontramos referencias musicales, pictóricas y de pensamiento, pero que en ningún momento restan autenticidad –verosimilitud– al poema; no se trata de un culturalismo frío y distante, sino de una forma plural de ver las artes, diferenciadas en cuanto a su expresión, pero tremendamente intertextualizadas; esto es que hay un mismo pensamiento que se formaliza en distintos discursos: poético, pictórico, escultórico, cinematográfico. De ahí esa necesidad de recurrencia múltiple a otras manifestaciones artísticas.

Preocupación por los aspectos formales. No sólo existe preocupación por la métrica –verso noble: endecasílabo, alejandrino, y por la estrofa, especialmente significativa en algunos poetas como Xavier R. Baixeras, Román Raña Lama, Millán Picouto o la soberbia construcción palindrómica de *A torre da derrotA*(1992) de Gonzalo Navaza–, sino también por la composición del poema, disposición de la palabra, estructura rítmica y artificios retóricos, elementos todos ellos que denotan formación, oficio, elaboración y sabiduría poética, pero sin caer en un formalismo frío y distante. El texto conserva todo su calor humano.

Preocupación por el idioma. En el tímido proceso de normalización lingüística que inició Galicia, ellos están contribuyendo, por una parte, a la práctica monolingüe y, por otra parte, quizás la más importante, porque están creando –fijando– una lengua literaria –poética– con características propias, lo que lleva consigo una investigación idiomática, fenómeno al que no son ajenas otras parcelas de la creación literaria, de la investigación lingüística y del pensamiento.

Tradición y modernidad. Quizás ésta sea una de las características más acusadas. Lejos estamos de los pronunciamientos rupturistas de otros momentos; ser modernos (y ellos apuestan abiertamente por la moderni-

dad, modernización) supone saber aprovechar –aprehender– las enseñanzas de la tradición. Saben, como nos recordaba Ezra Pound, que «Tradición no significa ataduras que nos liguen al pasado: es algo bello que nosotros conservamos» (Ezra Pound, *Ensayos literarios*. Barcelona: Laia/Monte Ávila: 1989). De ahí que busquen y se formen en los grandes maestros gallegos y foráneos de todos los tiempos: clásicos antiguos y modernos, medievales y barrocos, románticos y simbolistas, tradicionales y vanguardistas. Nos encontramos delante de unos poetas de profundas, selectas y amplias lecturas.

Propuestas temáticas. Cuando nos acercamos a la obra de los poetas de los ochenta y la comparamos con la poesía aparentemente predominante de los años sesenta y primeros setenta, lo que más nos llama la atención es el cambio de formulación de voz. Es decir, hay un paso del enunciado plural (nosotros: de la poesía social) a un enunciado desde el yo, individualista, pero siempre, eso sí, manteniendo una actitud ética, de identidad y asunción de los problemas de la tribu. La poesía no es un arma, pero sí pensamos que creen que es un acto moral, como una y otra vez nos recuerdan Manuel Rivas o Ramiro Fonte en *Mínima moralidade*(1998) o Xavier R. Baixeras en *Beira Norte*(1997).

Entre las líneas temáticas predominantes en el discurso poético gallego de estos años creo que se pueden percibir muy diáfanas las siguientes:

Amor y sensualidad. Ciertamente el amor tiene una presencia notoria en muchos poemarios de Claudio Rodríguez Fer –amor y erotismo–; en los primeros libros de Miguel Anxo Fernán-Vello; en poemarios de Xulio L. Valcárcel, especialmente en *Memoria de agosto*(1993); o en *O lume branco*(1991) de Xosé María Álvarez Cáccamo. Muy relacionado con lo erótico está lo sensual; de una forma general podemos decir que hay, por parte de los poetas de los ochenta, una reflexión sobre una sensualidad que se recrea en la ternura y en este sentido están situándose en una tradición que viene de la lírica gallego-portuguesa medieval –las fuentes, los ciervos, las olas– , que se conserva en las cantigas populares y que aflora con fuerza en autores gallegos contemporáneos: Rosalía de Castro, Álvaro Cunqueiro, Ricardo Carballo Calero o X.L.Méndez Ferrín.

El tiempo, el paso del tiempo. Conscientes de la finitud del ser, de la condición terrenal que nos acompaña, asumen este estado sabiendo que «Xa o máis puro foi feito para tránsito», como nos recuerda Xohana Torres en su libro *Estacións ao mar*(1980). La marca de la temporalidad está muy presente en muchísimos poemarios y algunos aparecen connotados desde su propio título: *As certezas do clima*(1996) de Miguel Anxo Fernán-Vello, *Calendario perpetuo*(1997) de X.M.Álvarez Cáccamo, *Os días olvida-*

dos(1985) de Eusebio Lorenzo Baleirón o *Solaina da ausencia*(1987) de Xulio L. Valcárcel.

La muerte. Ya entendida como fin, destrucción o autodestrucción, o bien como agonía –en el sentido etimológico–, la muerte es otra presencia temática que muy frecuentemente va asociada con el tema del tiempo y a veces con el del amor.

La presencia de la naturaleza. Es éste un tema de gran dimensión y calado en la lírica gallega desde la poesía de los *Cancioneiros* medievales, pasando por la poesía del siglo XIX y cobrando más fuerza, si cabe, en la del siglo XX; autores como Aquilino Iglesia Alvariño, Xosé María Díaz Castro, Manuel María, Uxío Novoneyra son muestras bastante significativas. Algunos de los poetas de los ochenta retoman esta tradición: mar, rías, flora, fauna, montes, picos, llanuras, que muchas veces cobran dimensión cósmica e incluso erótica.

Carácter elegíaco. En total consonancia con el paso de la voz individual, que se opera en la poesía gallega nueva, nos encontramos con una gran presencia de lo vivencial-existencial, de lo autobiográfico, respondiendo a un afán de comunicación de la voz de la experiencia, que reviste un carácter elegíaco. *Visitantes* (1991) de Xavier R. Baixeras, *Livro das devoracións* (1996) de Pilar Pallarés, *Das últimas mareas* (1994) de Ana Romaní o *Luz do mediodía* (1995) de Ramiro Fonte, serían algunos ejemplos.

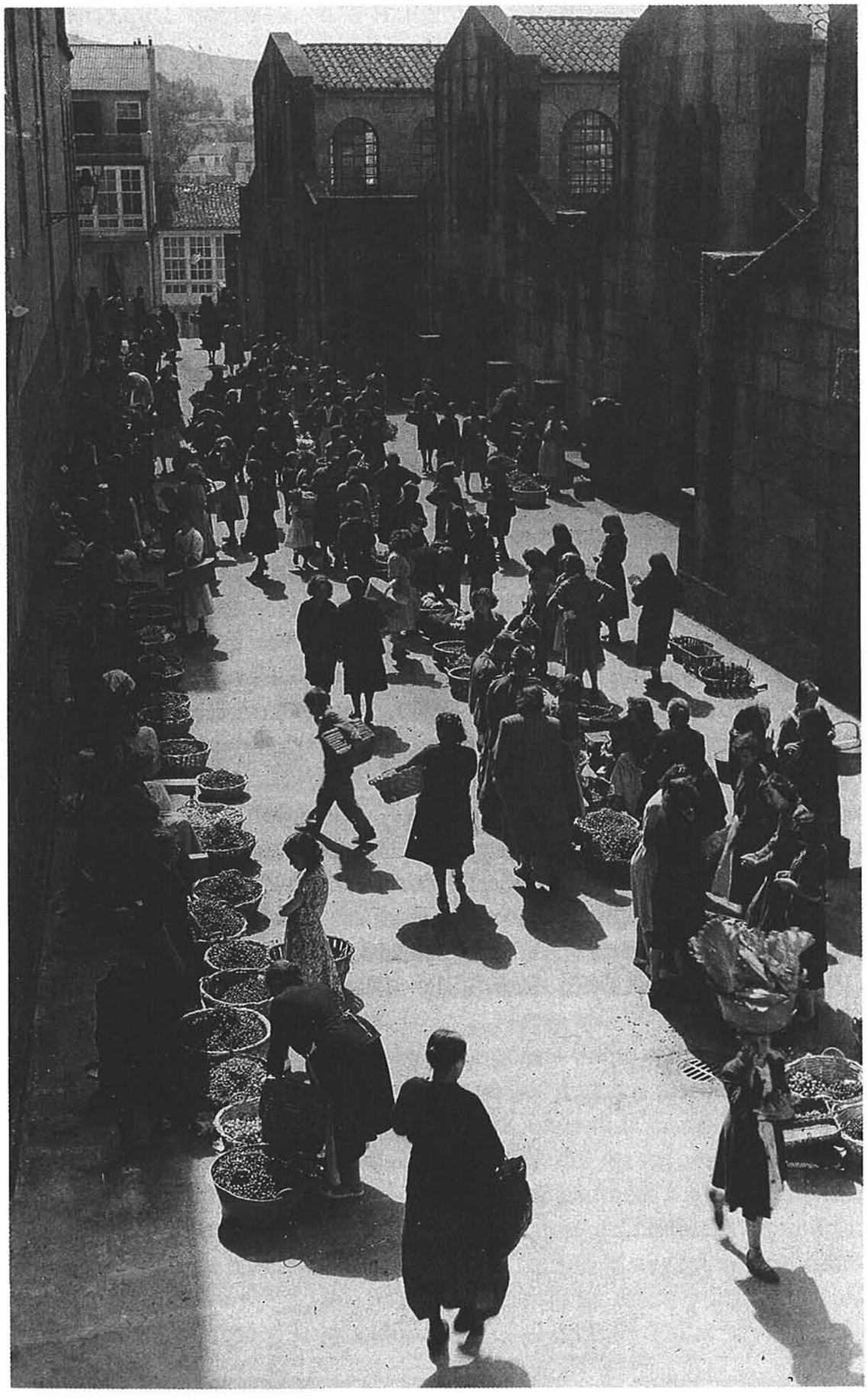
Epicidad, civismo. Lo que llevamos dicho podría llevar a pensar que la temática civico-social-reivindicativa está ausente de las preocupaciones de estos autores; sin embargo, esto no es así: hay un buen número de poetas en los que se manifiesta con gran pujanza: Xesús M. Valcárcel, Millán Picouto, Darío Xohán Cabana, X.Antón L. Dobao....Lógicamente son muy distintos los planteamientos de estos poetas si los comparamos con los de los poetas sociales de los años sesenta y primeros setenta: hay una mayor exigencia y un mayor rigor formal, son poemas menos directos, más sugerentes y plurisignificativos.

Reflexividad escritural, metapoesía. La poesía como tema. En un cierto carácter reflexivo que quiero leer en los versos de estos poetas, existe una constante referencia a la actividad creadora, entendida como liberación o angustia, sensación de vacío, herida o aflicción del verso, como posesión.

Todas estas propuestas temáticas se van a ver pautadas a nivel estilístico en una gran variedad de registros: desde el más decorativo y ampuloso hasta el que tiende a un cierto minimalismo, desde la negación total hasta la afirmación y el arraigo vital más pleno, desde un estilo y forma clásica hasta un lenguaje roto y esquinado, como es el de Pilar Pallarés y Eusebio Lorenzo Baleirón.

6

Aproximadamente hacia el año 1987, se produce un impás en la poesía gallega. La poesía como género hegemónico pierde predicamento y comienza una fase de declive que se traduce en una desaparición de la escena editorial de la mayoría de los poetas que acabamos de mencionar. Pero en la década de los noventa se vuelve a revitalizar el panorama editorial y se produce una confluencia de voces de distintas generaciones y sensibilidades. Son, ahora, los más directos dinamizadores los poetas de los noventa. Autores que comienzan a publicar alrededor de esta fecha y que poco a poco van buscando acomodo en los escenarios poéticos. De los poetas que comienzan su andadura por estos años hay que destacar el nombre de una autora que, cronológicamente, correspondería a los ochenta, pero toda su obra recia, torrencial y sugerente se desenvuelve en esta deácada. Nos referimos a María Xesús Pato (1955): *Urania* (1991), *Heloísa* (1994), *Fascinio* (1995), *A ponte das poldras* (1996) o *Nínive* (1996).

Los poetas de los noventa han hecho de la poesía un ejercicio de cotidianeidad, reivindican el coloquialismo, practican una mirada crítica y tierna, sensual e irónica. Hay, y creo que es la primera vez que se produce en el espacio poético gallego, una gran presencia de elemento femenino – Olga Novo (1975), Yolanda Castaño (1977), Emma Couceiro (1977), Marta Dacosta (1966)– que en otras promociones era sensiblemente inferior.

A los nombres arriba dados podríamos agregar una lista de poetas mucho más que generosa, pero arriesgándome y sabiendo que quien nombra es injusto, incompleto y arbitrario y que, por supuesto, se va a ganar más de una enemistad, me atrevo a dar estos nombres con los que me gustaría contar para un futuro mediato y no tan inmediato: Xosé Manuel Vélez (1964), Manuel Xosé Neira (1964), Fran Alonso (1963), X. M. Millán Otero (1964), Miro Villar (1965), Rafa Villar (1968) y Martín Veiga (1970).